

EL MISTERIOSO CORONEL POLACO

(HISTORIA NOVELADA)

El extranjero, aquel día de mediados de septiembre del año 1868, se alojó en una posada que había en la Corredera de la cual era dueña una tal Gregoria, conocida por el mote de «La Pelerina», mujer negruzca y apergaminada que hacía de todo por los caminos del mundo y que admitía en su casa a todos los perdidos por la vida.

Con sus ropas sucias, su boca desdentada, sus greñas de canosa estopa y sus manos de ahumados sarmientos, «La Pelerina» parecía una auténtica bruja. Tenía también recogida en su casa a una mocita que no se sabía de dónde había venido y que respondía por el nombre de Marina y que era la más bella flor que jamás aquellas paredes habían acogido. Unos decían que era hija de «La Pelerina», y otros que lo era de una acaudalada señorita de una ciudad próxima y que la había tenido siendo soltera.

Marina estaba entonces en sus diecinueve años. Tenía muy buen palmito y una constante sonrisa simpática por toda su cara. Era cascabelera y decidora como ella sola. Con el extranjero, con José Fronskey, había hecho muy pronto buena amistad. El la había referido:

—He nacido en Polonia, en Vilna. Mi padre tenía un título nobiliario. Mi madre era una pobre mujer del pueblo. Mi padre me daba todo cuanto yo necesitaba, pero a mi madre la tenía totalmente abandonada. Un día, reñí con él por estas cuestiones y hasta le amenacé con pegarle. Tuve que huir de Polonia porque tomó un tremendo odio contra mí y concentró todas sus influencias

para hacerme la vida imposible. He sido coronel en el ejército alemán.

Fronsky, era hombre de animada charla. Frisaba en los treinta y cinco años. Tenía un fino bigotillo sobre el labio superior, el pelo encrespado, la nariz aguileña y unas señoriales maneras en el andar y en el decir.

A los diez días de llegar a Béjar se sintió enfermo y guardó cama, pues tuvo un pequeño vómito de sangre, y Marina le cuidó con mimo y solicitud. Estaba constantemente a su lado, como únicamente pueden hacerlo una madre o una hermana.

«La Pelerina» estuvo como unos cinco días sin aparecer por casa. Cuando volvió, traía muchas y notables noticias:

—En Cádiz, el general Topete se ha sublevado con la mayor parte de la escuadra y ha anunciado desde la fragata «Zaragoza» que Isabel II se puede considerar como destronada.

Fronsky dió un salto de la cama y se vistió rápidamente. Marina le quiso contener, pero no le fué posible. Fronsky extrajo de su valija un gran pistolón y se lo colocó entre la camisa y la faja. Marina y él se asomaron al balcón. Eran las once de la mañana del día 22 de septiembre. Por el extremo de la calle se oían resonar fuertemente las cajas de guerra y las metálicas trompetas militares. Pronto se vieron aparecer las tropas del gobierno, pertenecientes al Regimiento de Cazadores de Llerena, en plena plaza, perfectamente encuadradas y en plan de salir de Béjar. Desfilaron con suma marcialidad. Detrás de los soldados y oficiales venían carros militares llenos de armas, vituallas y equipajes. Un público, entre curioso y agresivo, formaba una doble fila. Todos comprendían que las cosas debían de ir mal cuando las fuerzas del gobierno se veían obligadas a abandonar la bejarana ciudad.

Cuando ya la columna militar había desaparecido por la carretera de Salamanca, Fronsky se retiró del balcón, cogió unos papeles que tenía guardados en un canuto de latón y se dispuso a bajar a la calle. Marina le preguntó:

—¿Voy contigo?

—No, ahora no, luego vendré a buscarte.

Había numerosos grupos de hombres junto a la puerta de su casa hablando a grandes voces. Algunos tenían ya escopetas en

las manos, con las cuales enredaban como chiquillos con un juguete nuevo. Antes de que Fronskey hubiese dado más de diez pasos, oyó una fuerte voz que exclamó:

—¡Venga, a ellos!

Por la plaza atravesaba un carro militar con cinco soldados y un oficial, dieciséis fusiles y bastante equipaje, que debían de haberse quedado retrasados del grueso de las tropas, las cuales ya iban lejos.

La masa de gente cayó sobre los rezagados militares en un santiamén. Unos sujetaron las bridas de los caballos, otros se agarraron a los ejes de los carros y otros se pusieron con las armas en alto, en actitud ofensiva.

Fronskey dió un salto, se subió al carro militar, puso su pistolón sobre el pecho del oficial y le conminó a rendirse. El militar, al ver la enfebrecida multitud que le rodeaba, lo hizo inmediatamente. El público prorrumpió en elogios hacia Fronskey.

A empujones llevaron a los soldados y al oficial a una improvisada cárcel que se habilitó en el parador de San Miguel.

Entre el calor popular fué Fronskey a la Casa del Concejo. La gente voceaba:

—¡Viva la Soberanía Nacional! ¡Fuera Isabel II!

Dentro de la habitación principal de la Casa del Concejo había un gran alboroto y confusión. El que hacía de jefe de los amotinados, un tal Vicente Valle, un hombre de cara ancha, amplio pecho, asortijado pelo y ronca voz, decía:

—¡Hay que perseguirle! ¡No podemos dejar que se nos escape!

—¡Tiene razón Valle! Hay que cogerle—asentía un tal Domingo Guijo, muy pálido de cara, con el pelo alisado sobre la cabeza y un poco encorvado de espaldas.

—Este extranjero ya detuvo a un oficial y a cinco soldados —fué la presentación que de Fronskey hizo un mozacón que no se había apartado un momento del polaco y que tenía la cara tiznada de carbón, la barba negruzca, las manos de oso pardo y los dientes superiores salientes y blanquísimos, herrero de oficio y que respondía por el nombre de Víctor Gorzo.

—¿A quién hay que coger?—interrogó Fronskey, dirigiéndose directamente a Valle.

Este le contestó:

—Al corregidor que ha huído hace un momento acompañado de dos policías.

—Pues no perdamos tiempo. Vamos por ellos—apremió Fronsky.

Y sin esperar respuesta, dispuso el polaco:

—Iremos ocho o diez en el carro que acabamos de coger a los soldados.

—Está bien pensado—aprobó Valle.

—¿Se sabe por qué carretera ha salido?—preguntó Fronsky.

—Por la de Salamanca—explicó Gorzo.

Querían sumarse a la expedición muchos más hombres. Había unos trescientos con armas. No hubo forma de disuadir a un buen grupo y tras la carreta militar fueron andando unos cincuenta milicianos llenos de entusiasmo.

Quedó atrás el puente Viejo, con su vegetal pintura verde, el río espumoso, a cuyo pie nacían higueras que se introducían por las ventanas de las inmediatas casas; el molino harinero, blanco y fantasmal; los chopos, como rizosas banderillas que se hubiesen clavado en las ancas del río; el batán de Jacinto, con el constante sonar de los mazos; las casas próximas al cementerio, rodeadas de extensos muladares; el bosque espeso, guarida de jabalíes, y el puente de Riofrío, rodeando el talle corvo de la fluvial corriente.

La caminata hasta llegar al puente de Vallejera fué penosa para los que marchaban a pie. Al coronar el puerto, algunos iban bañados en sudor. Eran las dos de la tarde. Hicieron alto. El paisaje que a un lado y a otro se extendía les compensó de las fatigas de la marcha. A la derecha se veían los más variados, distintos y bellos matices que puede tomar el color verde, alternando en los jugosos prados, en las centelleantes riberas y en los árboles, caballeros con subidas gorgueras de yedra.

A la izquierda se distinguían caseríos y barrancos, extensos matorrales y anchos claros, serpenteantes caminitos y levantados paredones, idílicas niaras de heno y cabezos altos, machoteras de castaños bravos y mimadas tierras de cultivo.

Bebieron en la fuente y llevaron al ganado hacia el abrevadero para que mitigara su sed.

Víctor Gorzo, sincero y comilón, dijo a boca llena:

—¿Y si buscásemos algo de comer? Tengo un hambre canina.

—Y yo también. ¿O es que crees que los demás somos de piedra?—dijo en tono chancero Felipe Cerezo, un mozo alto y endomingado, con un blanco pañuelo al cuello, el pelo rubiasco y una escopeta de caza entre las manos.

—Ahí mismo, en el pueblo de Fresnedoso, tengo yo mucha confianza con tío Domingo y nos dará de todo lo que necesitemos —apuntó Gorzo.

Fronsky comprendió que era el momento de alzarse con el mando moral del grupo, se subió sobre una piedra alta que había junto al camino y solicitó:

—¡Eh, oidme todos! ¡Hay que seguir adelante! No podemos perder tiempo ahora. ¿Qué clase de patriotas son los que anteponen su estómago a un servicio que se les ha encomendado?

Todos enmudecieron y miraron hacia el suelo. Fronsky aprovechó el momento propicio para volver a subirse en el carro, animar a los caballos y poner a la columna en marcha con su ejemplo. Todos le siguieron sin replicar una palabra.

Se adentraron por caminos menos sombreados. Iban preguntando a los pastorcillos, a las mujeres que se encontraban, a los hombres que trabajaban en las fincas. Un hombrón con pantalón y chaqueta de pana negra que venía trayendo del ronzal a una mula torda, cargada con dos banastas que habían contenido uvas, por las señas que le dieron, les aseguró que había visto al corregidor y a los dos policías camino de Ledrada. Celebraron consejo los hombres principales de la expedición y acordaron dirigirse hacia aquel pueblo, a marcha forzada, pero sólo los que iban montados en el carro, y que los demás aguardasen en aquel lugar, distante unos cuatro kilómetros del pueblo.

Los del carro, atentos a las órdenes del polaco, que les había revelado su condición de soldado profesional, le escuchaban con fervoroso silencio:

—Tú—le dijo a Gorzo—te subes a la torre de la iglesia, porque desde allí dominarás todo el pueblo y verás a los fugitivos inmediatamente si intentan escapar hacia el monte.

Valle y yo, con dos más, vamos por esta otra parte. El que primero los atrape, los lleva junto a la torre para que Gorzo los vea y toque las campanas como señal de que ya son nuestros y todos nos enteremos.

Así se dispuso la captura del corregidor y sus compañeros.

Fronsky y Valle entraron primeramente en una cuadra que tenía la puerta entreabierta. Dentro no había más que un carro y un borriquillo blanco. Miraron por todos los rincones y no hallaron nada. Después se dirigieron a una calle estrecha y corta, sin salida. Cuando iban por la mitad salió de su casa una mujeruca, con un negro pañuelo a la cabeza y cara avinagrada.

—¿Qué quieren? ¿Qué buscan?—interrogó con mal talante.

—Al corregidor de Béjar, que nos han asegurado que está escondido en este pueblo.

—Pueden mirar dentro de mi casa todo lo que quieran—ofreció la mujer.

Así lo hicieron Fronsky y sus amigos. Tampoco la suerte les fué propicia.

Se dirigieron hacia el centro del pueblo y entraron en la taberna. No había nadie en el salón principal. Desde él se veía la cocina, con el fuego encendido en el suelo y en su redor varios hombres. Uno de ellos, al sentir pasos, volvió la cabeza, reconoció a algunos de los recién llegados e intentó cerrar la puerta, pero ya era tarde porque Valle, de un brinco, se interpuso en el quicio de la misma, entró en la cocina, cogió por el cuello al corregidor, que intentaba huir por una abierta ventana, mientras Fronsky, que se había dado cuenta de todo, a pesar de lo rápido de la escena, apuntó con el arma que portaba y ordenó:

—¡Salgan todos!

El corregidor, un hombre pequeñito y endeble, tocado con una gorra de visera y puestos unos quevedos sobre la nariz, con las botas destrozadas y la camisa sucia, alzó los brazos y salió de la cocina, seguido de sus compañeros, entre los que se encontraban los dos policías. Todos ellos fueron llevados, entre las curiosas miradas del vecindario, hasta el pie de la torre, donde Gorzo hizo sonar las campanas y estuvieron pronto juntos todos y en marcha, llevando a los presos con las manos atadas hasta el lugar donde esperaba el grueso de la partida, que les recibió en medio de gran alborozo.

Las sombras de la noche habían ido ya invadiendo caminos y atajos, casas y árboles, senderos y veredas. Solamente las estrellas ponían una nota de belleza desde el firmamento. La tropilla iba

cansada, hambrienta y de mal humor. Unos y otros tropezaban aquí y allá con las piedras del camino y se oían quejidos y juramentos.

—¡Buen pez hemos cogido!—decía Felipe Cerezo a un tal Angel González.

—¡Valiente cobarde!—exclamó Angel.

—¡Es un canalla completo!—motejó Felipe.

—No es tan malo como otros que le tienen a él de corregidor y que, desde las sombras, son los que verdaderamente manejan los hilos de todo—aclaró Angel.

El otro corroboró:

—En realidad es un desgraciado.

—Siempre pagan justos por pecadores.

—Este lo va a pasar mal. Puede que no vea amanecer mañana.

—¡Y con el jefe que tenemos!

—¿Te refieres al polaco?

—Sí, claro, menuda adquisición hemos hecho. Y que entiende de guerra el tío ese un rato largo.

—¿De dónde habrá salido?

—De casa de «La Pelerina».

—Ya lo sé. Lo que yo pregunto es que cómo habrá caído por aquí ese extranjero en estos días de la revolución, precisamente.

—¡Qué se yo!

—El caso es que a nosotros nos ha venido de perlas. Luego, allá allá con su vida. Hágase el milagro, aunque lo haga el diablo. ¡Menudas condiciones militares tiene el hombre ese!

—Dicen que ha sido coronel en el ejército ruso.

—Yo he oído decir que en el de Alemania.

—¡Cualquiera sabe! Ese hombre es un completo misterio. Hay que obedecerle y hacerle caso porque en asuntos de revolución sabe él solo más que todos nosotros juntos.

—¿Qué es eso? ¿Qué luces son esas?

—Deben ser ya las de Palomares.

Desde la cabeza de la columna alguien dió la voz de alto. Todos se detuvieron y se fueron agrupando junto al carro en que viajaban los dirigentes.

Fronsky, que ya debía de haber consultado a sus compañeros, estaba de pie, sobre las varas del carro, dispuesto a decir algo. Su

erguida figura, sus altos hombros, su arrogante cabeza, se perfilaban egregiamente ante todos. Había en él algo despectivo y atractivo al mismo tiempo. A fuerza de no darle importancia a nada, todos mostraban por él un interés extraordinario.

José Fronskey pidió silencio y habló así a todos:

—Hemos rematado perfectamente una misión que se nos había encomendado. Ahora es ya momento de tomar algo de comer. Como premio a nuestras fatigas, vamos a ir al pueblo de Palomares y allí comeremos y beberemos todo cuanto queramos...

No le dejaron los demás seguir su discurso. Una salva de aplausos y un tronar de vivas hundieron sus palabras en el abismo de lo ininteligible.

Entre canciones y gritos entraron los revolucionarios en el dormido pueblo de Palomares. Allí en la plaza, a la entrada, les recibió el árbol central, cual amplio dosel del trono de algún viejo diosillo forestal; la iglesia junto a él, con el entrecruzamiento de los hierros de su verja y en el cielo, la media luna como una hoz sin mango...

Subieron la cuesta, torcieron hacia la derecha y se dirigieron a la calleja donde estaba la taberna de Facundo, el cual, por el ruido que traían, ya se había levantado y se asomaba al balcón de su casa, a medio vestir.

—¿Quién es?—preguntó.

—¡Gente de Béjar!—contestó Valle.

—Soy Domingo Guijo— aclaró éste que le conocía.

—¡Haberlo dicho, hombre! Ahora mismo bajo a abriros la puerta.

Poco tardó Facundo en vestirse y en bajar a franquear la puerta, pero cuando lo hizo, ya había gente del pueblo que había sentido a la tropilla y estaba en la calle, charlando con los hombres que componían la milicia bejarana.

Las noticias de lo ocurrido habían llegado ya a todos los rincones y los ánimos estaban un tanto exaltados.

Cuando Facundo abrió la única hoja de madera que formaba la puerta de entrada a su establecimiento y vió a tanta gente armada, hizo un instintivo movimiento de temor.

¿Qué es esto?—preguntó.

Domingo Guijo le calmó, entre bromas:

—Nada, hombre, nada, que venimos de caza y hemos querido entrar aquí para refrescar un poco.

—Sí, ya he oído decir que habéis ido tras los pasos del corregidor y de dos policías... Pero si el corregidor es un bendito... Es incapaz de matar a una mosca.

—Eso ya lo dirán las autoridades. Ahora lo que queremos es que nos des a todos bien de comer y de beber, que estamos sin probar bocado desde ayer.

—¿Y de dónde voy yo a sacar comida para tanta gente?

—Eso es cuenta tuya—le respondió Guijo.

—Yo no tengo más que un par de jamones de la matanza de casa...

—Pues con dos jamones no hay ni para empezar. Tienes que salir por ahí a buscar algo más.

Diversos hombres del pueblo estaban ya en la taberna alterando con los bejaranos. Uno de ellos apuntó:

—Al que le sobran muchos jamones, todos los años, es al señor Belisario.

—Mira a ver, vete allí de mi parte y le dices que te de tres o cuatro, que es cosa de Domingo Guijo, el de Béjar, dijo el tabernero.

Salió el buen hombre, acompañado de otros dos paisanos y pronto vinieron cargados de jamones.

—¡Venga, tira de cuchillo! Haz las lonjas que no se vean las caras por ellas—animaba Valle al tabernero.

Facundo, ayudado por su mujer y por una hija como de quince años, empezó a partir y repartir jamón a diestra y siniestra. Apareció una guitarra de nadie sabe dónde. Felipe Cerezo, que sabía tocarla, arrancó de las cuerdas fandangos y habaneras. Un mozo gordinflón, llamado Casiano, que se había dado más prisa que los demás en comer y beber, se arrancó a cantar por todo lo alto.

—¡Eso lo hago yo mejor que tú!—le interrumpió Víctor Gorzo.

—¿Quién, tú? No hay hijo de madre que cante ese fandango con el sentimiento que yo le pongo.

—Lo voy a cantar ahora mismo cien veces mejor que tú—aseguró Gorzo.

—Venga de ahí—solicitaron varias voces.

Víctor cantó con voz tan desafinada que todos terminaron por

abuchearle y reír a carcajadas. Víctor se enojó mucho, y como propina, volvió a cantar una habanera, haciéndolo peor que antes, por lo que fué arrojado del improvisado tablado a viva fuerza.

Corría el vino y pasaban las fuentes llenas de jamón serrano. José Fronskey, con el vaso lleno de aloe en la mano derecha, se puso en pie. Su figura esbelta, la palidez de su cara, sus altos hombros, que parecían estar siempre llenos de charreteras militares, irradiaban majestad, imperio y elegancia por todo el aposento. Con aquella voz que tenía, como hecha con caña de azúcar, exclamó:

—¡Alzo mi copa por la victoria total, que ya está muy cercana!
Todos alzaron sus vasos y contestaron:

—¡Por la victoria!

Pero desde el dintel de la puerta de entrada se oyó una femenina y agradable voz que dijo alta y claramente:

—¡Y por el hombre que nos conduce a ella! ¡Por José Fronskey!

Todos volvieron la cabeza hacia atrás. En el quicio de la puerta, con un blanco pañuelo al cuello, la piel sedosa, los ojos muy verdes y los labios restallantes de jugosidad juvenil, estaba Marina con otras dos muchachas de Béjar, altas y espiadas.

Fronskey bajó del banco sobre el que estaba subido y fué hacia ellas, trayéndolas hacia el centro del salón entre una gritería general de bienvenida:

—¡Olé por las buenas hembras!

—¡Bien por Marina!

—¡Así se hace!

Volvió a sonar la guitarra, chocaron los vasos, se acompañaron las palmas y Marina bailó unos tanguillos con muchísima gracia. Vinieron más muchachas del pueblo y se generalizó la danza. Fronskey bailó con Marina. El polaco, tras un rato de baile, rogó a Marina:

—Vamos... Vámonos de aquí.

—¿Dónde quieres que vayamos?

—Donde tú quieras... Donde podamos estar solos.

Se escurrieron entre las demás parejas y fueron, abrazados, camino abajo, hasta llegar a las orillas de Riofrío. Se pararon junto a una enorme piedra, se sentaron junto a ella y vibraron en las

esferas del amor. Por sus almas y sus cuerpos se fueron adentrando los rayos de la luna y los dardos de los luceros.

Amanecía ya cuando la caravana partió de Palomares y se puso de nuevo en marcha, camino de Béjar.

Para Marina, subida al carromato, al lado de Fronsky, todo el paisaje, tantas veces visto, le resultaba como recién estrenado, tal era su ánimo enamorado.

Todo el monte, con las luces del alba, llenaba de vida nueva su amplio pecho. De los árboles le parecía que chorreaban azucarados gromos, tal era la dulce fiesta en que vivía Marina. Las hojas, con el rocío de la madrugada, se hacían límpidos cristales verdes. Las combadas ramas se inclinaban hasta ella para darle un vegetal abrazo tierno.

Refulgían los brezos, se incendiaban las escobas, se encandilaban los torsos de los nogales, se metalizaban las varas de los finos castaños nuevos, se vestían los pastizales con túnicas de doradas sedas, era más niña el agua infantil que bajaba por los serranos arroyos y hasta los pedruscos hidalgos se transmutaban en oro viejo por la milagrera alquimia de aquel auroral momento.

La tropilla venía soñolienta y derrengada. La caminata y la noche de juerga se reflejaban en las caras de todos sus componentes. Domingo Guijo, en el fondo del carromato, estaba echado cual largo era. Un tal Alvarez, mozo larguirucho y callado, llevaba el cuidado de los caballos. Detrás de todos, entre dos amigos que le sujetaban por debajo de los brazos, traían a un tal Luis Serrano, borrachín empedernido, que apenas podía caminar.

Vicente Valle, para dar ejemplo, se había bajado del carro y seguía andando con el grupo de milicianos que iba a pie.

Víctor Gorzo, al lado de los prisioneros, también venía por sus pasos.

Fronsky meditaba en los acontecimientos que por su vida acababan de pasar. Se notaba seguro y animoso. Su ideal objetivo de vida era el de la plena actividad. Sus ideas rimaban con las de aquellos hombres y su buena estrella le hacía pensar que también saldría con bien de esta nueva aventura que había iniciado.

Sentía, además, la dicha de comprender que era suya la extraordinaria Marina. Era como si la más rara y bella flor de toda la serranía se hubiese prendido sobre su varonil pecho. La alegría

vital de aquella chiquilla, la naturalidad de sus sentimientos, lo espontáneo de sus decires y la belleza de su cara, eran como algo inefable que notaba discurrir por sus venas. El frío de la madrugada les hizo juntarse entre sí, aun más, a los enamorados, y en una deliciosa duermevela llegaron a la Corredera entre aclamaciones de la gente que les esperaba. Un grupo de hombres de los que no habían ido tras los prisioneros se lanzó agresivo hacia el corredor y los dos policías, que estaban lívidos y acobardados.

Fronsky, de un salto felino, se arrojó del carro y se dirigió hacia los asaltantes:

—¿Qué es eso? ¿Qué queréis?

—¡Queremos hacer justicia!

—No sois vosotros los llamados a realizarla. Ya se hará.

—¿Cuándo?

—Cuando llegue el momento. El que intente hacer algo a estos hombres tendrá que vérselas antes conmigo.

Un jovencillo imberbe, con una larga navaja abierta entre las manos, intentaba abrirse paso para agredir a los prisioneros. Fronsky, de un manotazo, le tiró el arma al suelo. Llegaron los jefes Vicente Valle y Domingo Guijo, hablaron aparte unos momentos con el polaco y entre todos consiguieron, luego, calmar a la multitud.

Víctor Gorzo se dirigió a la masa para decir:

—¿Habéis pensado en otra cosa más importante que en herir a unos prisioneros? ¿A que no habéis pensado en preparar unos cañones por si vuelven a atacarnos las tropas del Gobierno? Ellos no pueden ni imaginarse que nosotros los tenemos y si lográsemos construirlos llevarían tal sorpresa que la victoria sería pronto nuestra. ¿Habéis pensado en eso? ¿Habéis hecho algo? Un silencio sepulcral invadió la masa. Muchos bajaron la vista hacia el suelo. El jovencillo de la navaja, conocido por el mote de «El Conejito», se atrevió a preguntar:

—¿Y cómo íbamos nosotros a hacerlos? ¿Dónde tenemos nosotros los materiales que hacen falta?

—¡Si no se tiene, se inventa!—tronó Gorzo.

—¿Y con qué íbamos a hacerlos?—siguió el «Conejito».

—¡Con hierro y un poco de aire dentro!—dijo el herrero muy seguro de sí mismo.

Se acercó a él Vicente Valle, le puso la mano en el hombro, mientras corroboraba:

—¡Muy bien dicho, compañero! ¡Hay que hacer esos cañones! En la fábrica de Gómez hay muchos tubos de hierro fundido.

—Nos basta con eso. De todo lo demás me encargo yo. Ya veréis como los pongo en condiciones de funcionar en poco tiempo—aseguró Víctor Gorzo.

—¿Y si han desaparecido ya de allí los tubos de hierro?—cabezó el «Conejito».

—Pues los fabricaremos con troncos de los castaños de nuestros montes! Haremos pasar por dentro tu cabezota y lograremos los huecos necesarios—contestó el herrero.

—¡Muy bien! ¡Muy bien!—aprobaron varias voces.

—¡A construir cañones!—ordenó Fronskey.

El grupo se dispersó. Unos fueron al monte a cortar y traer árboles hasta la herrería de Gorzo. Fronskey y el herrero fueron directamente a la fábrica de Gómez y hallaron tirados por los suelos muchos viejos tubos de hierro fundido que consideraron superiores para hacer los cañones y fueron llevados en carretas hasta el taller del herrero.

Tanto y tan bien trabajaron Gorzo y sus ayudantes bajo las indicaciones de Fronskey, que pocas horas más tarde estuvo terminado el primer cañón del 16 y llevado, triunfalmente, sobre un barril de madera, hasta el centro de la Corredera, donde funcionó perfectamente ante la vista y asombro de muchos bejaranos. Al anoecer se remató otro y se le hizo disparar desde Campopardo, donde fué colocado, y otro a la salida de la Corredera, junto a una cruz que allí había. Al día siguiente se terminaron otros dos de menor calibre, los cuales fueron instalados en el Murallón.

Pero el día del personal triunfo amoroso de Marina, fué el 25. Notó ella que se estaba preparando una columna de milicianos para ir al Puerto de Vallejera, al objeto de observar los movimientos de las tropas del Gobierno que acampaban entre Guijuelo y Sorihuela y se dirigió a su novio, increpándole:

—¿Es que siempre tienes que ser tú el que vayas a todos los sitios? ¿Es que no hay otros?

—Sí, claro que los hay, pero es mi deber.

—¿Y el de los demás?

—También.

—Pues que lo hagan ahora otros. Tienes mal aspecto. Ya sabes los vómitos que tuvistes el otro día y hoy te vas a quedar aquí. ¿O es que no tienes también deberes para conmigo y para contigo?

—Ya lo creo que los tengo.

—Pues a demostrarlo. Hoy te estás aquí y saldremos de paseo por el monte, que todavía no sabes bien lo bonito que es.

—¿Tanto como tú?

—Mucho más.

—Pareces hecha de jaras y de olorosos romeros, de hierbas jugosas y de aguas transparentes...

—¿Te quedarás hoy aquí conmigo?

—Sí, me quedaré. Has vencido.

La chiquilla se arrojó en brazos de su novio loca de alegría.

Poco después, Vicente Valle y Domingo Guijo tomaban el mando de la columna y salían hacia Guijuelo. Avistaron a las tropas del Gobierno junto al mismo pueblo y, con bandera blanca, enviaron un emisario, el cual invitó al teniente coronel D. Diego Navarro, jefe de las fuerzas del regimiento de Cazadores de Llerena, a pasarse a ellos.

El teniente coronel Navarro, por el mismo medio, les envió un escrito en el que decía textualmente: «Yo no soy el jefe superior de las fuerzas y no puedo, por lo tanto, contestar a lo sustancial de su comunicación. El jefe nombrado es el brigadier Nanneti, a quien espero de un momento a otro, pero yo, esclavo de mi deber, cumpliré con las órdenes que se me han dado, por más que lamente las desgracias que en tal cumplimiento puedan ocurrir».

Mientras la columna de los bejaranos volvía a su pueblo, Fronskey y Marina pasaban una deliciosa tarde en pleno monte. Ascendieron a él por los senderos serpenteantes, entoldados, sugestivos, ocultos, que llevan hasta la fuente del Lobo y se tendieron en la verde hierba, a la vera del arroyo serrano.

—Me parece como si te conociese aún antes de haberte visto —decía Fronskey a Marina.

—Desde antes de la creación de los tiempos—corroboraba ella sonriendo.

Y seguidamente se atrevió a preguntarle:

—¿Por qué estás aquí, en Béjar?

—No puedo ser muy explícito respecto de esto. No por mí, sino por la seguridad de otras personas responsables. Te debe de bastar el saber que estoy aquí como podía estar en cualquier otro sitio, pero que ambos debemos alegrarnos de ello, porque así nos hemos conocido.

—Temo que me abandones un día. Tengo miedo de que te ocurra algo malo. Quiero ser siempre como un escudo protector para tu cuerpo.

Y la chiquilla se unió a Fronsky en un abrazo delicado, protector.

La tarde iba declinando. Una lagartija corría por la pared de enfrente, llevando sobre su lomo el más hermoso sol del ocaso. La Peña de Francia veía pasar a su lado al disco de oro que se colaba por entre dos picachos. Una grata suavidad llenaba el ambiente. El gorgoteo del agua, cayendo por la boca de la fuente, hecha con una hoja de castaño sobre la granítica pilastra, recubierta de plantas acuáticas, añadía hermosura al inefable instante. Los ojos de Marina, de un color verde jade, despedían irisaciones de caldero viejo.

El silencio de los dos amantes era por demás expresivo, pues se notaban traspasados por la dulzura del ambiente, que les tenía inmersos en una total placidez, en un nirvana perfecto.

De aquel ensimismamiento les sacó el cercano tintineo de una manada de cabras que con sus campanillas iban subrayando lo idílico del ambiente.

—¿Quieres que regresemos ya?—preguntó él.

—¿Tan pronto?

—Quizás necesiten de mí. Ya deben de haber vuelto.

—Como quieras.

Emprendieron el camino de regreso por un sendero en el que hacían escolta las derechas varas de los castaños.

A lo lejos se divisaban, todavía, las murallas de la ciudad cual el subido cuello de piedra de un gigantesto capotón medieval; las torres del castillo, cubiertas sus cabezas con caperuzas cónicas, semejando los sombreros de las severas dueñas castellanas; las de las iglesias hacían pensar en las chimeneas de algún fantasmal velero...

Se iban aproximando a la ciudad y hasta la noche resultaba dulce compañera.

En la Corredera les dieron el alto:

—¿Quién va?

—¡Marina y Fronskey!

—¡Pasad!

—¿Han regresado ya los que fueron a Vallejera?—interrogó Fronskey.

—Sí, ya han vuelto.

—¿Dónde están Guijo y Valle?

—Deben de estar en la Casa del Concejo.

Ambos enamorados se encaminaron hacia allá.

Había mucha gente parada ante la Casa del Concejo. Marina y Fronskey se abrieron paso y llegaron a una habitación interior en la que estaban los jefes y cambiaron impresiones con ellos. Valle propuso que había que ir al Puerto de Vallejera, con las milicias bien armadas, y la idea fué aprobada por todos.

Así lo hicieron. A eso de las once de la mañana ya estaban en el Puerto. Por un cabo de las fuerzas del Gobierno, que se pasó a los bejaranos, supieron éstos que las tropas isabelinas estaban a punto de ser reforzadas con mil quinientos hombres. Por orden de Fronskey se cavaron trincheras, se hicieron caminos cubiertos, se construyeron refugios y quedó reforzada la guardia en el Puerto, mientras el grueso de la milicia volvía a dormir a Béjar.

El día 27, los bejaranos subieron nuevamente al Puerto de Vallejera y ya estaban enfrente las fuerzas del Gobierno, mandadas por el brigadier D. Francisco Nanneti, que había venido de Salamanca.

El brigadier mandó a los bejaranos un escrito con un mensajero en el que les conminaba a la rendición, así como a la entrega de las armas, concediendo indulto general para todos.

Los jefes de las milicias bejaranas se reunieron en una amplia choza que había sido construída junto al camino. Allí estaba Juan Muñoz de la Peña, historiador de la ciudad y siempre hombre de sensato consejo; José Hernández, animoso y valiente; Angel Acosta, que era de los más levantiscos; Miguel Tena, Juan Díaz, Ramón Soler, Cristóbal Anaya, Nicomedes Calahorra, Anastasio Redondo y los consabidos Vicente Valle, Domingo Guijo, Víctor Gorzo y José Fronskey, que fueron los que llevaron la voz cantante

en la discusión y los que decidieron seguir en armas y luchar hasta la victoria final, pero optando por organizar las defensas, no allí en Vallejera, sino en las trincheras y barricadas que habían sido hechas en la misma entrada de Béjar y que iban desde Campopardo al Camposanto y del Bosque al Tomillar, para tener sus últimos bastiones en los frondosos árboles de la Corredera, en lo alto del Murallón y en la Puerta de Avila.

Al amanecer del día 28 inició el brigadier Nanneti el ataque a Béjar, partiendo de Vallejera. Con grandes precauciones y en líneas muy desplegadas, pasaron el Riofrío las fuerzas gubernamentales. Los soldados de la primera y cuarta compañía, al mando del comandante Heredia, cetrino y agitanado, vadearon el río por la parte alta del pueblo de Palomares. De algunas chimeneas de las casas comenzaban a salir humos mañaneros. Un borriquito abandonado en un prado, fué unido a la expedición para transportar alguna impedimenta de los soldados. Saltando paredones y tajos cavados en la arcillosa tierra por las aguas que bajan desde lo alto de la montaña, llegaron hasta la garganta del Oso y bebieron de sus aguas. La calma y la paz inundaban todavía aquel delicioso lugar. La vegetación, un poco más abajo, empezaba a escasear. Los soldados se dirigieron hacia la izquierda y por orden del comandante se instalaron en la parte alta del Tomillar, hostilizando a las milicias bejaranas.

El teniente coronel D. Diego Navarro siguió en su marcha el eje de la carretera, mandando a la segunda y tercera compañías. La artillería, por el mismo camino, iba mandada por el comandante D. Antonio Valcárcel que, instaló sus cañones en las cercanías del cementerio, tras breve lucha.

En Béjar, todo era ajetreo y actividad. El reloj municipal comenzó a repicar. Las mujeres en el hospital improvisaban camas y vendajes. Los muchachos mayores transportaban cajas de municiones junto a las barricadas de la Puerta de Avila. Varios mozos se habían subido a la cima de los árboles de la Corredera y desde allí vigilaban los movimientos de las tropas enemigas. Fronskey, al lado de los cañones instalados en la Corredera, tocado con una gorra militar y con un ancho correa que le cruzaba el pecho, tenía un marcial aspecto. Estaba serio y sereno. Una luz especial irradiaba de su cara imponiendo a los demás su seguridad en el

triumfo. Sus ojos emanaban un poder especial que magnetizaba a los medrosos, a los remisos y a los timoratos. A su lado estaba Marina constantemente, con su blanco pañuelo sobre la cabeza y con los ojos encendidos en el fuego del amor y de la guerra. La actividad del momento, el ajeteo del ir y venir, habían arrebolado aún más su bello rostro y le prestaban unos matices que le hacían ganar en esplendor y hermosura; Fronskey se dirigió a ella:

—Es mejor que te recojas en el hospital y ordenes todo aquel barullo. No debes estar aquí. Va a comenzar muy pronto el fuego,

—A tu lado no siento nunca miedo. Además, tengo el presentimiento de que estando yo junto a tí no te ocurrirá nada malo.

—Anda, marcha al hospital—le instó Fronskey.

—Por primera vez no te voy a obedecer. ¿Es que no me quieres ya?

No le dió tiempo a Fronskey a contestar. Un estruendo horrible sonó junto a ellos. Los cañones instalados cerca del cementerio por los isabelinos habían abierto fuego y batían las defensas de los bejaranos. Siguiéron otros cañonazos que cayeron en la Puerta de Avila. Retiraron de allí al primer muerto y se lo llevaron a una casa próxima donde fué cubierto piadosamente con una manta.

Fronskey creyó llegado el momento y él mismo encendió la mecha y disparó el primer cañonazo contra los que atacaban desde las proximidades del cementerio. Víctor Gorzo también hizo entrar en fuego a sus cañones, desde Campopardo, donde él se había instalado, y se comprobó que había hecho serios estragos entre los soldados del Gobierno, los cuales, como encorajinados, redoblaron el ataque de tal manera que sobre la Puerta de la Villa cayeron 157 cañonazos en las ocho horas que duró el combate. Tras el duelo artillero, la caballería de las fuerzas del Gobierno dieron un rodeo por el monte y atacaron a Béjar por la parte de la Solana, siendo tiroteados y puestos en fuga por las milicias bejaranas que habían sido muy bien colocadas tras las barricadas del Murallón.

Volvió el fuego artillero de las fuerzas del Gobierno, y los proyectiles desmontaron un cañón instalado en la Corredera, causando otros dos muertos y doce heridos.

Hubo un momento de pleno silencio, Fronskey tenía el rostro completamente oscurecido por efecto de las explosiones de la

pólvora. Parecía un príncipe negro. Marina iba y venía trayendo cubos de agua para aplacar la sed de los cañones y de los artilleros, que llevaban ya muchas horas al pie de las bocas de fuego. Sobre todos pesaba tanto silencio. El aire chorreaba olor a pólvora. Unos se miraban a otros sin decir palabra. De pronto, se oyó un clarín estridente y sonaron proyectiles de fusilería con redoblado denuedo. El brigadier Nanneti había ordenado que se diese un ataque frontal a las barricadas de los bejaranos, y se estaba haciendo con tanto empuje, que la primera avalancha de soldados isabelinos entró en la Corredera por las dos puertas que entonces estaban abiertas. Todos los bejaranos que las defendían cayeron malheridos. Fronskey mandó a sus hombres que se replegasen hasta la Puerta de la Villa. Y con gran presura envió un enlace a Víctor Gorzo para que, inmediatamente, abriese fuego de cañón sobre las líneas que él antes había ocupado y en las cuales la soldadesca perdía honor y tiempo desalojando algunas casas y tirando a la calle a sus moradores desde lo alto de balcones y ventanas.

Víctor Gorzo cumplió la orden recibida y con tal acierto, que allí quedaron las tropas del Gobierno más de cien bajas. Mandó Fronskey a sus hombres que diesen una carga a la bayoteta y se hizo con tal denuedo que los soldados isabelinos retrocedieron y a uña de caballo corrieron hacia atrás, dejando en el suelo 66 compañeros muertos y otros tantos heridos.

Las tropas isabelinas habían sido derrotadas. El descalabro sufrido había sido extraordinario. Desde Campopardo, Víctor Gorzo seguía tirando cañonazos sobre los soldados en fuga. Nanneti dió la orden de dejar el campo de batalla y ellos huyeron siguiendo la carretera para ocultarse, después, entre los árboles del bosque.

En las barricadas de Béjar surgieron gallardetes y banderas victoriosas. Todo era ardimiento y algazara, cantos y voces. Pero todavía no había concluido la acción guerrera, pues las milicias bejaranas, que tenían sus destacados puestos de vigilancia en el bosque, se vieron tiroteados por los soldados del Gobierno que por allí pasaban y se dispusieron a hacerse fuertes en el palacio de la ducal finca.

Pronto se apercibió Fronskey, desde Béjar, del tiroteo que había

por aquella parte y en compañía de unos cincuenta hombres, bien armados, y de Marina, que no se había separado de él en toda la jornada, se dirigió hacia aquel lugar. Avistaron a las fuerzas del Gobierno y Fronskey distribuyó a sus hombres entre los árboles y mandó disparar contra los soldados isabelinos. A la primera granizada de tiros que éstos sintieron a sus espaldas, huyeron a la desbandada, menos un par de ellos, que siguieron atacando el palacio desde el templete que se alza en el medio del estanque y no habían podido huir con la facilidad de sus compañeros, por lo que se decidieron a hostigar a los hombres de Fronskey cara a cara y con gran valentía.

Fronskey ordenó disparar sobre ellos desde los cuatro ángulos del estanque.

Los isabelinos continuaron tirando sin cesar. Al cabo de un rato, Fronskey les habló:

—No podéis salvaros. Es mejor que os rindais. Y los vuestros compañeros han huído. ¡Rendíos! ¿Qué decís?

Se oyó una voz que contestaba:

—¡Sí, nos rendimos! ¡Tenéis que venir a recogernos en la barca!

—¡Está bien!—repuso el polaco.

Fronskey y Marina montaron en la barcaza que estaba atada a una argolla de hierro, sujeta en la pared del estanque. La aristocrática mansión desplegabá sobre todos, en aquel momento, sus esfluvios más solemnes.

La Fuente de los Ocho Caños, al caer sobre las piedras, parecía componer los versos de una octava real o de un romance heroico.

Fronskey y Marina iban felices y alegres cruzando el estanque sobre la barcaza. De repente, del fondo del templete, sonó una descarga, la barcaza se bamboleó, se tiñeron de sangre los pechos de ambos enamorados y sus cuerpos se hundieron por el exacto lugar en que hoy, todas las tardes, a esa misma hora, el sol del ocaso besa con sus rojos labios la piel de las azules aguas.